

JASPERS Y HEIDEGGER EN LA ALEMANIA DE 1933

MARIO A. PRESAS

In der Mitteilung und im Kampf wird die Macht des Geschickes erst frei. Das schicksalhafte Geschick des Daseins in und mit seiner "Generation" macht das volle, eigentliche Geschehen des Daseins aus.

SEIN UND ZEIT, § 74†

El escándalo con que reaccionó el mundo académico —y quizás más aún el extra-académico— antes las recientes “revelaciones” del compromiso de Heidegger con el nacionalsocialismo, no han hecho sino enturbiar más la situación, llevando la discusión al terreno de las corrientes ideológicas a favor o en contra del asunto, con lo cual, quien siga sosteniendo que Heidegger es un gran pensador se ve enfrentado a una sospecha de pertenecer a indeseables posiciones políticas. Nuestro propósito en el presente estudio es continuar el desarrollo de un punto crítico al que, en muchos trabajos —algunos ya de 1960— siempre retornábamos: el del trágico desencuentro de los dos filósofos más jóvenes —Jaspers y Heidegger— con el maestro Husserl. Este desencuentro, sin duda, fomentó la unilateralidad e incluso los descarríos de Heidegger, y con ello una enorme pérdida para la cultura filosófica. Presentaremos más bien aspectos biográficos, antes que teóricos. Creemos que, entre nosotros, Danilo Cruz Vélez ha escrito dos libros¹ que, en cierto sentido, marcan los límites en que habría que plantearse la cuestión de este sonado “caso Heidegger”: por un lado, indagando la línea subterránea que va de Husserl a Heidegger; por otro, examinando *sine ira et studio* los escritos y los hechos de Heidegger en los años difíciles. Por lo demás, mi trabajo se apoya fundamentalmente en el

¹ Danilo Cruz Vélez, *Filosofía sin supuestos. De Husserl a Heidegger*. Buenos Aires: Sudamericana, 1970. *El mito del rey filósofo*, Bogotá: Planeta, 1989.

recientemente editado *Epistolario Jaspers-Heidegger*, que incluye su correspondencia desde 1920 hasta 1963. Para la parte propiamente histórica ha sido muy útil el libro de Ott y las autobiografías de Jaspers y de Löwith, cuyos datos bibliográficos se indican más adelante.

No será inoportuno recordar que Jaspers llega finalmente a desempeñar el cargo de profesor titular ordinario de filosofía como un *outsider*. En efecto, sus estudios iniciales fueron de medicina, culminando con su tesis sobre *Nostalgia y delito*, en 1908. Más tarde, bajo la dirección de Windelband, elabora y aprueba su habilitación para la docencia en psicología, la *Psicopatología general*, de 1913. El cuerpo de profesores de filosofía de la Universidad de Heidelberg —el ya citado Windelband y, sobre todo, Rickert— no veía con buenos ojos a este intruso que cada vez más se va aproximando a su feudo y que además tiene el descaro de proclamar que el sociólogo Max Weber es la verdadera encarnación de la filosofía: “él le ha dado una nueva plenitud”, “un carácter actual” a la idea de la filosofía y de lo que debe ser una existencia filosófica; “en él pudimos ver —agrega— lo que significa ahora *ser filósofo*, precisamente en un momento en que dudamos de si, hoy, en general, puede haber filósofos”.² Fueron justamente los “caudillos” aferrados a los moldes rígidos de las “escuelas” —ya sea Rickert como cabeza del neokantismo del Sudoeste alemán; o Natorp y Cohen, como jefes del mismo movimiento en Marburgo—, quienes lo llevaron a depositar su esperanza en el naciente enfoque fenomenológico que prometía un encuentro con *las cosas mismas*. “En 1909 —cuenta Jaspers— luego de una larga sujeción a la medicina, conocí a Husserl por medio de algunas lecturas. Su fenomenología, como método, era fecunda. En efecto, yo pude aplicarla a la descripción de las vivencias de los enfermos mentales. Pero para mí fue aún más esencial ver con qué extraordinaria disciplina pensaba Husserl, así como el hecho de que hubiera superado el psicologismo [...] y ante todo la incesante exigencia de aclarar los supuestos inadvertidos. Encontré así confirmado lo que ya actuaba en mí: el impulso hacia las cosas mismas.

² Cfr. Mario A. Presas, *Situación de la filosofía de K. Jaspers*, Buenos Aires: Ed. de Palma, 1978.

En aquel momento, y en un mundo lleno de prejuicios, esquematismos y convenciones, ello fue como una liberación".³

También Ortega coincide literalmente con Jaspers. Como se recordará, el pensador español estudió durante algunos años en Marburgo, la "ciudadela del neokantismo". Tuvo por compañeros a Nicolai Hartmann y a Heinz Heimsoeth.⁴ Natorp acababa de publicar la *Psicología general* (1912). En esa situación, "la fenomenología no fue para nosotros una filosofía, sino ...¡una buena suerte!" —dirá Ortega a sus colegas alemanes en el programado *Prólogo* a la traducción de sus *Obras*—. Fue como salir al aire libre, luego del encierro en los conceptos inviolables del sistema, pues si bien las filosofías neokantianas "eran profundas, serias, llenas de verdades —continúa—, carecían de veracidad. Había mucho de ortopedia en aquel estilo de pensar. Se tomaba a un autor o una ciencia [...] y se la obligaba a decir *velts nolis* lo que precisamente se había resuelto que dijera. Natorp cometió la crueldad de tener doce o catorce años a Platón encerrado en una mazmorra, tratándolo a pan y agua, sometiéndole a los peores tormentos, para obligarlo a declarar que él, Platón, había dicho exactamente lo mismo que Natorp".⁵

Pero es también muy interesante comprobar que ambos principiantes, Jaspers y Ortega, luego del primer deslumbramiento coinciden en la desilusión ante el formalismo de la fenomenología. Ambos presienten que ese método exige un fenómeno inicial, ya de por sí sistemático, al cual habrá de aplicarse: tal será para Ortega la *vida* misma en su intrínseca sistematicidad; para Jaspers, la *existencia*.⁶ Esto es lo que pasó por alto Husserl, según creen estos jóvenes: "Husserl me desilusionó como filósofo —confiesa Jaspers—; pues si bien realizaba el acto (el gesto) de ver, lo que luego se veía era en su mayor parte indiferente. La *Philosophie als strenge Wissenschaft*, publicada en *Logos*, en 1910, es una

³ Karl Jaspers, "Mein Weg zur Philosophie", *Rechenschaft und Ausblick*. München: Piper, 1951, p. 327.

⁴ Cfr. Heinz Heimsoeth, en *Philosophie in Selbstdarstellungen*, hrsg. L. J. Pongratz, Bd. III. Hamburg: Meiner, 1977, p. 103.

⁵ "Prólogo para alemanes", en *Obras completas*, Madrid: Alianza, 1983, tomo VIII, p. 36. Cfr. Mario A. Presas, "Ortega, el abandono de la fenomenología", *Escritos de Filosofía*, Nº 15-16 (1985, editado en 1988).

⁶ Cfr. Ortega, *La idea de principio en Leibniz*, Buenos Aires: Emecé, 1958, p. 332; Jaspers, *Philosophie*, Berlin: Springer, 1932. Bd. II: *Existenzerhellung*. Por supuesto, una "aplicación" similar es la que estructura *Sein und Zeit*, por ello Ortega protestaba en la nota mencionada anteriormente acerca de la prioridad de su "descubrimiento".

obra maestra, inclusive en la consecuencia con que no retrocede ni siquiera ante ningún absurdo [...]; ello me mostró claramente la perversión de la filosofía [convertida] en ciencia".⁷

Hasta cierto punto, Heidegger corrobora estas apreciaciones, pocos años después, al decir que "lo esencial de la fenomenología no reside en ser *efectivamente real* como 'orientación' filosófica. Más alto que la realidad efectiva está la *posibilidad*"; pues —dirá también— "la grandeza del descubrimiento de la fenomenología no está en los resultados fácticamente obtenidos, valorables y criticables, [...] sino en el hecho de que ella es *el descubrimiento de la posibilidad de investigar en la filosofía*".⁸

Esta coincidencia, por lo demás, se había manifestado ya en el primer encuentro de Jaspers y Heidegger, el 8 de abril de 1920, en Friburgo, con motivo de la celebración del cumpleaños de Husserl. Jaspers tenía entonces 37 años y era ordinario en Heidelberg; Heidegger, 31 y era aún *Privatdozent* en Friburgo. Ambos discreparon del maestro, quien por razones formales se negó a aceptar en su seminario a una alumna de Jaspers, Afra Geiger, muy amiga de Gertrud Jaspers, *née* Mayer. Ambas de ascendencia judía, lo que no será inessential en esta triste crónica. Los jóvenes estrecharon entonces "una solidaridad contra la autoridad de abstractas ordenanzas".⁹ Y esta alianza se refleja ya en la primera carta del *Epistolario Jaspers-Heidegger (1920-1963)*, cuando Heidegger se dirige a quien llama todavía *Sehr verehrter Herr Professor Jaspers*. "Me alegré mucho por la tarde que pasé con usted. Ante todo tuve la 'sensación' de que ambos trabajamos en pro de la revitalización de la filosofía a partir de la misma situación fundamental" (24.4.1920). La crítica de los "viejos" asoma una y otra vez con desenfado; baste como muestra lo que escribe Heidegger —poco antes de dedicar *Sein und Zeit* "a Edmund Husserl, con veneración y amistad"—: "Seguramente ya se ha enterado usted que Husserl ha recibido un llamado a Berlín [para ocupar en esa Universidad la cátedra dejada vacante por Troeltsch, M.A.P.]; Husserl se comporta peor que un *Privatdozent* que confunde el

⁷ "Mein Weg zur Philosophie", ed. cit., p. 328.

⁸ Cfr. *Sein und Zeit*, Tübingen: Niemeyer, 7a. ed. 1953, p. 38; y *Prolegomena zur Geschichte des Zeitbegriffs*, *Gesamtausgabe*, Bd. 20; Frankfurt: Klostermann, 1979, p. 184 (son lecciones del semestre de verano 1925 en la Universidad de Marburgo).

⁹ Karl Jaspers, *Philosophische Autobiographie* (nueva edición ampliada con el capítulo sobre Heidegger, que había omitido antes), München: Piper, 1977, p. 92. Malvine Husserl le presentó a Heidegger como "el niño fenomenológico".

Ordinariat con la eterna bienaventuranza —lo que sucede está envuelto en tinieblas— ante todo si uno se ve a sí mismo como *Praeceptor Germaniae* [...] Husserl oscila de aquí para allá y dice tales trivialidades que podrían mover a compasión. Vive de la misión de ser ‘el fundador de la fenomenología’ —ningún hombre sabe qué es eso— quien está aquí un semestre sabe qué pasa —[Husserl] empieza sospechar que la gente ya no lo acompaña— opina que ello es natural, que es demasiado difícil —naturalmente, una “matemática de lo ético” (¡lo último!) no la entiende hombre alguno— [...] ¡y esto quiere salvar al mundo en Berlín!” (14.7.1923).¹⁰

Poco después Heidegger ve la posibilidad de obtener el cargo de profesor ordinario en Marburgo, pues Hartmann había aceptado el ofrecimiento de la Universidad de Colonia. Surgieron empero dificultades por el escaso número de publicaciones que podía exhibir. Con cierta premura redacta la parte conocida de *Sein und Zeit* que Husserl publicará generosamente en su *Jahrbuch*. Seguramente Rickert debió dar su opinión sobre este libro en germen —del cual también Jaspers vio las “galeras”— y se puso furioso porque creyó que estaba dirigido en contra de su filosofía. Heidegger se entera por Jaspers del episodio, y le escribe: Tendría que desconocer lo que yo mismo me propuse, si hubiera esperado de Rickert algo más que rechazo. El hecho de que juzgara (mi trabajo) ‘con descortesía’ debe de tener sus motivos en que montó en

¹⁰ Las cartas entre Jaspers y Heidegger han sido recién editadas por Walter Biemel y Hans Saner, respectivamente; esta “separación” de las tareas —aunque coordinadas— es ya un indicio de ciertas discrepancias entre los discípulos de ambos filósofos. Las cartas se citarán indicando en el texto, entre paréntesis, la fecha, según el libro: Martin Heidegger/Karl Jaspers, *Briefwechsel 1920–1963*. Frankfurt/München/Zürich; Klostermann/Piper, 1990. En Alemania no había sido precisamente bien recibido, en los círculos heideggerianos, el anterior libro editado por Hans Saner, *Notizen zu Martin Heidegger*, de Karl Jaspers; München/Zürich; Piper, 1978. Cfr. Mario A. Presas: “Jaspers contra Heidegger”, *Criterio*, No. 1838 (26.6.1980). Cfr. ahora también W. Biemel, “Zum Briefwechsel Jaspers/Heidegger”, en D. Papenfuss u. O. Pöggeler, hrsg., *Zur philosophischen Aktualität Heideggers*, Bd. II: *Im Gespräch der Zeit*, Frankfurt/Klostermann, 1990. Se trata de las Actas del Simposio Internacional organizado en Bonn por la Alexander von Humboldt-Stiftung. El Tomo I, *Philosophie und Politik* ya ha aparecido, y pronto se editará el III: *Im Spiegel der Welt: Sprache, Uebersetzung, Auseinandersetzung*. Colaboran filósofos latinoamericanos como Ricardo Maliandi, Mario A. Presas, A. O. Pugliese, Alberto Rosales y David Sobrevilla.

La colaboración de Heidegger con Husserl siguió hasta el frustrado intento de redactar juntos el artículo “Fenomenología” para la *Enciclopedia Británica*. La documentación sobre este tema ha sido reunida ahora en español por Antonio Zirón, en E. Husserl, *El artículo de la E.B.*, México, UNAM, 1990.

cólera por los pliegos (supongo que Heidegger alude *también* a la *cantidad*, que era importante para este dictamen, M.A.P.). Pero — continúa— la verdad es que “si el trabajo fue escrito ‘*en contra de alguien*’, entonces fue *contra Husserl*, quien por lo demás, inmediatamente se dio cuenta de ello, aunque desde un comienzo se atuvo a lo positivo. Pero contra lo que escribo, aunque por cierto de modo indirecto, es contra la pseudo-filosofía; por lo que lucho es por la comprensión de aquello que nosotros sólo podemos retomar (repetir, *Wiederholen*) en la filosofía —y que tenemos que hacerlo— como su posibilidad central. Y esto, según creo, jamás puede ser lo suficientemente difícil” (26.12.1926).¹¹

De vez en cuando asoman en las cartas de Heidegger raptos poéticos cercanos al expresionismo —de un Trakl por ejemplo, pero sin su desnuda concisión— en los que condensa sus emociones del *mundo de allá arriba* (esto es, el de la famosa *Hütte* en Todtnauberg); ese mundo se asemeja extrañamente al de Hans Castorp, el héroe de *La montaña mágica*, de Thomas Mann. En efecto, la soledad y el contacto con los elementos puros en la montaña producen a veces líneas que parecen escritas por un contemporáneo del *Sturm und Drang*: “La noche avanzada —la tormenta barre las alturas, en la cabaña crujen las vigas, la vida yace pura, simple y grande delante del alma— A menudo deseo que usted pudiera estar aquí arriba en tales horas. De vez en cuando ya no concibo que uno, allá abajo, pueda jugar papeles tan extraños” (24.4.1926). Pero, aquel joven de Thomas Mann, que *arriba* en Davos-Platz desconoció los papeles que desempeñaba *abajo*, de pronto se vio arrastrado por “esa explosión aturdidora de una mezcla funesta de embrutecimiento y de irritación acumulados, un trueno histórico que [...] hizo temblar los fundamentos de la tierra, y que es para nosotros el trueno que hace saltar la *montaña mágica* y que pone brutalmente en la

¹¹ Que Husserl “se dio cuenta”, lo prueban, entre otras, las cartas a Ingarden del 19.11. 1927, y a Pfänder de principios de 1931, donde se reconoce “admirador” de Heidegger, pero lamenta que “sus clases y sus obras se presenten tan distintas a mis obras y lecciones”, hasta llegar a comprobar que “yo [Husserl] nada tengo que ver con la *Tiefsinnigkeit* heideggeriana, con su genial carencia de cientificidad”. Cfr. Mario A. Presas, “En torno a las *Meditaciones cartesianas* de Husserl”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, IV/3 (1978); ver también Husserl, *Meditaciones cartesianas*, prólogo, trad. y notas de M. A. Presas. Madrid; Ed. Paulinas, 1979; y Mario A. Presas, “Heidegger, crítico de Husserl”, *Diálogos* 49 (1987).

puerta a nuestro dormilón sobresaltado. Estupefacto, se halla sentado sobre la hierba, se frota los ojos como un hombre que, a despecho de todas las amonestaciones, se ha olvidado de leer los periódicos".¹² También Heidegger —como veremos— despertará, no ante la guerra de 1914–18, pero sí en medio de uno de los más criminales regímenes de que la humanidad tenga memoria, y al que él, olvidado de "leer los periódicos" y de atender a la realidad, contribuyó (¿ingenuamente?) a sostener, confundiendo la purificación romántica de las tempestades en la montaña con las tormentas de la historia. Al final del discurso pronunciado al hacerse cargo del rectorado de la Universidad de Friburgo, en 1933, Heidegger trae a colación las palabras de Platón en la *República*, referidas a las dificultades y penurias que supone la educación de los filósofos que han de regir la *polis*. En una traducción corriente, el texto platónico dice "todas las cosas importantes son peligrosas". Heidegger en cambio acomoda un tanto ese pasaje, para provocar asociaciones con la turbulencia de la época, y dice: "El esplendor y la grandeza de esta revolución [nacionalsocialista] sólo los comprenderemos cabalmente si nos colocamos en aquella serena presencia de ánimo en que la vieja sabiduría griega dijo las siguientes palabras: τὰ μεγάλα πάντα ἐπισφαλῆ [...]: *todo lo grande se encuentra en medio de la tormenta*".¹³

Semanas antes de aceptar el cargo de rector, Heidegger presentía ya los nuevos aires de las llanuras, a pesar de su extrañamiento en las alturas. Con seguridad, pese a sus aseveraciones en contrario, mantuvo conversaciones con colegas y dirigentes políticos y estudiantiles acerca de la futura universidad —seguramente lo hizo con Jaspers, según se desprende del epistolario— en la que la filosofía debía de ocupar su privilegiada posición: "Por oscuras y dudosas que sean muchas cosas, percibo cada vez más que crecemos dentro de una nueva realidad y que una época ha envejecido. Todo depende de que nosotros preparemos la correcta posición de ataque a la filosofía y le proporcionemos la palabra"

¹² Thomas Mann, *La montaña mágica*, trad. de Mario Verdaguer. Buenos Aires: Anaconda, 1945. Tomo II, p. 974. La primera edición de esta obra, que Thomas Mann escribió entre 1912 y 1923, apareció en Berlín, pocos años antes de estas cartas de Heidegger, en 1924.

¹³ Sobre este punto cfr. especialmente Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo. Platón, Marx, Heidegger*. Bogotá: Planeta, 1989, p. 252 y Hugo Ott, *Martin Heidegger. Unterwegs zu seiner Biographie*. Frankfurt/New York; Campus, 1988, p. 161.

(3.4.1933).¹⁴ En la postdata de su respuesta, el 20 de ese mismo mes y año, Jaspers admite que él también está conmovido por la época: "Habrá que ver qué se encierra realmente en ella".

Poco después, como Husserl escribe consternado a su fiel discípulo Roman Ingarden, "Heidegger es rector nacionalsocialista de Friburgo (según el principio del *Führer*) y al mismo tiempo Director de la reforma de las universidades alemanas en el nuevo *Reich*".¹⁵ Otros intelectuales, de diversas nacionalidades, como Croce y Vossler, por ejemplo, perciben con claridad cuál era el cambio de los tiempos, y hacia dónde apuntaba la revolución nacionalsocialista. Ya en septiembre de 1933, Croce juzga el discurso rectoral de Heidegger como "una cosa estúpida y al mismo tiempo servil. No me sorprende el éxito que tendrá por algún tiempo su filosofar: lo vacío y genérico siempre tiene éxito; pero no genera nada. Creo también que en política no puede tener eficacia alguna; pero deshonra a la filosofía, y esto es un mal para la política también, al menos para la futura". Un poco antes, proféticamente, le escribía a Vossler: "¡Ah, ese Heidegger! Lo tenía clasificado ya hace seis años, por lo que me hicieron leer de él sus discípulos y admiradores italianos; y había previsto que iba a terminar como ha terminado [afiliado al Partido y Rector nacionalsocialista]. Habría que hacerle conocer el precursor que ha tenido en Italia con Gentile. Pero quizás Heidegger no sabrá atender a lo práctico con su filosofía pura como Gentile ha hecho con el acto puro. En esta política práctica el italiano es siempre superior con mucho al alemán: es menos ingenuo".¹⁶

¹⁴ Estas y otras observaciones en cartas anteriores, permiten suponer —como señala con toda claridad Ott— que Heidegger no fue "empujado" al rectorado y sin ideas previas de qué universidad quería moldear. Que su ingenuidad —como también ha dicho más tarde Jaspers— le hiciera creer que le iban a permitir imponer su voluntad, es otra historia. Cfr. Ott, *op. cit.*, p. 30.

¹⁵ *Briefe an Roman Ingarden*, Den Haag; Nijhoff, 1968, p. 83, carta del 11 de octubre de 1933. El "*Führer-Princip*" significaba que el rector de la universidad no estaba sometido a ningún control por parte de Consejos Académicos, Asambleas docentes y/o estudiantiles; él —como Hitler en Alemania— *era* la ley y él nombraba directamente a los Decanos, etc.

¹⁶ *Epistolario Croce-Vossler*, prólogo de G. Marone. Trad. de E. Manasero. Buenos Aires: Kraft, 1956. p. 277s. Cartas del 10.8.1933 y del 30.8.1933. Esta termina diciendo: "Alemania se va idiotizando con Heidegger".

Jaspers, en cambio, con quien —como decíamos— Heidegger habría hablado acerca de una universidad ideal y elitista, se esfuerza por ver en ese discurso sobre “La autoafirmación de la universidad alemana” un rasgo muy positivo y valiente: el que une su planteo inicial “con la antigüedad griega, lo que me ha tocado como una verdad nueva y sin embargo, al mismo tiempo, como una verdad de suyo comprensible. En esto coincide usted con Nietzsche, aunque con la diferencia que se puede esperar que usted realice filosóficamente, interpretándolo, lo que dice. Por ello tiene su discurso una substancia digna de crédito. No hablo del estilo y la densidad, que —hasta donde puedo ver— convierten a ese discurso en el hasta ahora único documento de una voluntad académica presente que perdurará. Mi confianza en su filosofar —acota aduciendo ciertas reservas— no se ve perturbada por algunas propiedades de ese discurso que me parecen un tanto forzadas y por enunciados que también dan, por cierto, la impresión de sonar a hueco. En resumidas cuentas, sólo estoy contento de que alguien pueda hablar de tal modo que toque los auténticos límites y los orígenes” (23.8.1933). Pero Jaspers no era entonces del todo sincero consigo mismo ni con el colega y amigo: treinta años más tarde, en las anotaciones que fue escribiendo casi diariamente —hasta el día de su muerte— con vistas a una discusión pública y sin concesiones, una “lucha amorosa en la comunicación” con Heidegger, se puede leer: “Traté de interpretar su discurso rectoral atendiendo a lo mejor. Pero al mismo tiempo, ya no confiaba en él. No manifesté entonces esta desconfianza porque obré según el principio de que, en cuanto uno espera lo mejor del otro, éste responde favorablemente, si ha habido buenas relaciones durante años; mientras que una expresión de desconfianza todo lo destruye. [...] A pesar de todo, no podía dejar de tomarlo en serio, ahora, como un adversario substancial, *medium* de un amenazante y peligroso poder ruinoso para con todo lo que me era comprensible. Según criterios que ciertamente son subjetivos, su discurso, su acción y su *habitus* me parecían tan innobles que esa extrañeza substancial estaba en asombroso contraste con el *fluidum* de su filosofar. También en éste había extrañeza; pero sin embargo había también una alianza en ese ser-afectado por aquello que nos parecía ser verdaderamente la filosofía, y en lo que por ese entonces creíamos ser unánimes (sin un contenido determinado)”.¹⁷

¹⁷ *Notizen zu Martin Heidegger*, ed. cit., Anotación 165, p. 181. Karl Löwith hace

Poco después de asumir el rectorado y pronunciar ese discurso, Heidegger dio una conferencia en la Universidad de Heidelberg. Como siempre que visitaba esta ciudad, fue huésped del matrimonio Jaspers. Este asistió azorado a la conferencia —aunque había tratado de justificar, como vimos, el discurso rectoral—. Luego, ya en casa de Jaspers, la conversación terminó con aquellas patéticas palabras de Heidegger —que ya hemos citado en otras oportunidades—¹⁸ en las que restaba toda importancia a la incultura de Hitler, pues lo que importaba era su carismático poder de seducción: “Pero, ¡mire usted las maravillosas manos [de Hitler]!”. Jaspers confiesa, con tristeza, con remordimiento, que no supo qué decir— que tendría que haberle dicho algo—; pero que “estaba perplejo. Heidegger nada me había informado acerca de sus simpatías por el nacionalsocialismo antes de 1933 [...]. Ahora era demasiado tarde. Frente al propio Heidegger, sumido él también en una embriaguez, fracasé”. Jaspers, por lo demás, compara la embriaguez de las masas históricas con la de Heidegger, y emplea para ello la misma expresión con que, poco más tarde, Heidegger confesará que realmente él estuvo poco tiempo, durante su gestión como rector, sumido en una “embriaguez de poder”: siempre la palabra “*Rausch*”, como aún veremos, que significa la embriaguez o el entusiasmo causado tanto por *intoxicación* alcohólica como por el *exceso* de fervor, de alegría o de tristeza... Esa fue la última vez que se vieron Jaspers y Heidegger. La comunicación epistolar también prácticamente se interrumpe por unos años; tan sólo algunas cartas de Heidegger aluden al “fracaso del rectorado” (1.7.1935) sin mostrarse arrepentido por el *partido* elegido. A esas líneas agrega la traducción de *Antígona* de Sófocles que incluirá en su *Einführung in die Metaphysik*, lecciones de 1935 editadas luego en 1953, con el famoso pasaje, retocado, sobre la “verdad y grandeza interiores [del nacionalsocialismo]” sobre el que llamó la atención el joven estudiante Jürgen Habermas en su reseña en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 25 de julio de 1953.¹⁹

En otra carta incluye su ensayo “Hölderlin y la esencia de la poesía” (16.3.1936); hay además alusiones a Schelling y a Nietzsche. Todo esto

observaciones interesantes sobre el peligro latente en esa vuelta hacia la antigüedad del discurso rectoral, que Jaspers en cambio alaba. Cfr. Karl Löwith, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933. Ein Bericht*. Stuttgart: Metzlersche, 1986, p. 41.

¹⁸ Mario A. Presas, “El filósofo y la seducción del poder: Más sobre ‘el caso Heidegger’”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 491, mayo 1991.

¹⁹ Cfr. Ott. *op. cit.*, p. 277.

va señalando un nuevo rumbo en el pensar de Heidegger. Considera a Schelling muy superior a Hegel, y recuerda las cartas anteriores en que agradecía el envío, por parte de Jaspers, de su ensayo sobre Schelling (24.4.1926). “Desde que usted me regaló su pequeño libro acerca de Schelling, el *Tratado sobre la libertad* [de éste] ya no me deja” (27.9.1927). Ahora, cuando el régimen nazi niega en la práctica la libertad, Heidegger —aun sin renegar de su fe en el *Führer*, como veremos— se vuelve a la reflexión metafísica y dicta un curso y un seminario (1936 y 1941, respectivamente) basados en ese tratado de Schelling sobre la libertad.²⁰

En el viaje a Italia durante el cual pronunció la conferencia sobre Hölderlin recién citada, Heidegger se encuentra con Karl Löwith y su familia. Este había estudiado con Pfänder y con Moritz Geiger en Munich, quienes le recomendaron proseguir sus estudios con Husserl en Friburgo. Allí se deslumbró —como tantos otros, como Hannah Arendt, por ejemplo—²¹ con la profundidad y agudeza de las clases del joven asistente de Husserl, Martin Heidegger. “Comparadas con los innumerables folletos y discursos que, luego de la revolución [nacionalsocialista] producían los profesores “sometidos” [*gleichgeschaltete*]: subordinados a una norma común dictatorialmente establecida, M.A.P.], el discurso de Heidegger, altamente filosófico y exigente, es una pequeña obra maestra en su formulación y composición —dirá Löwith—. Medido con el patrón de la filosofía, en cambio, constituye una única ambigüedad, pues sabe hacer utilizables para el instante histórico las categorías ontológico-existenciales (*Sein und Zeit*, § 74) de tal modo que despiertan la impresión de que sus intenciones filosóficas podrían y tendrían que coincidir *a priori* con la situación política, y la libertad de la investigación con la coerción estatal. El “servicio del trabajo”, y el “servicio militar” se unifica con el “servicio del saber”, de tal suerte que, al terminar la clase, uno no sabe si echar mano a los *Vorsokratiker* de Diels o marchar con las S.A. [abreviatura de

²⁰ Cfr. ahora la versión castellana, con notas y epílogo de Alberto Rosales, de estas clases, en M. Heidegger, *Schelling y la libertad humana*. Caracas: Monte Ávila, Col. Pensamiento Filosófico, 1990.

²¹ Cfr. Hannah Arendt, “Martin Heidegger ist achtzig Jahre alt”, *Merkur*, H. 10, Nr. 258 (Okt. 1969), p. 894. Ver también Hans-Georg Gadamer en *Philosophie in Selbstdarstellungen*, ed. cit., T. III, p. 69.

Sturmabteilung, formación política paramilitar del partido nacionalsocialista, M.A.P.]”.²²

De todos modos, Löwith reconoce cuánto debe su propia evolución intelectual a la enseñanza heideggeriana. Hasta tal punto llegaba su interés por sus lecciones, que junto con otra docena de estudiantes siguieron al profesor en su traslado de Friburgo a Marburgo, donde Heidegger obtiene por primera vez una cátedra como profesor extraordinario primero y ordinario más tarde; allí Löwith concluyó bajo la dirección del maestro su habilitación para la docencia, en 1928. Fue, por lo demás —hasta donde yo sé— el único que se habilitó con Heidegger. Pero...Löwith era judío o medio judío; y por tanto, no tenía cabida en el nuevo *Reich* del que emigra en 1934.²³

Los vínculos que unían a Löwith con la familia Heidegger habían sido muy fuertes, hasta el punto que Löwith tuvo muchas veces a su cuidado a los hijos del matrimonio Heidegger, a quienes encontraría ahora nuevamente, junto con sus padres, en Italia. Pero el maestro habría de sorprenderlo una vez más con su enigmática personalidad. Heidegger era plenamente consciente de la situación de estrechez en que vivía la familia Löwith en Roma; pudo verlo con sus propios ojos; ni los libros había podido sacar de Alemania el joven judío. De todos modos, su conducta con el discípulo y conocido de tantos años fue —por decir lo más suave— extravagante. Cuenta Löwith: “Unos días después [de la conferencia sobre Hölderlin] mi mujer y yo, junto con Heidegger, su mujer y sus dos hijos, a quienes yo mismo había cuidado a menudo cuando eran chicos, emprendimos una excursión a Frascati y Tusculum. El día era radiante y yo me alegraba sobre este último encuentro, a pesar de inevitables inhibiciones. Pero aún en esta ocasión, Heidegger no se había sacado de la chaqueta el distintivo del partido. Lo llevó durante toda su estadía en Roma y evidentemente no se le pasaba por la cabeza que la cruz esvástica estaba fuera de lugar cuando pasaba el día conmigo. Conversamos sobre Italia, Friburgo y Marburgo, y también sobre cuestiones filosóficas. El estaba amigable y atento. Pero, al igual que su mujer, evitaba toda alusión a la situación alemana y su posición al respecto. Durante el viaje de vuelta, intenté inducirlo a explayarse libremente sobre ese tema. Llevé la conversación a la controversia aparecida en la *Neue Zürcher Zeitung* y le aclaré que yo no coincidía ni

²² Karl Löwith, *op. cit.*, p. 33.

²³ Karl Löwith, *op. cit.*, p. 81.

con el ataque político de Barth ni con la defensa de Staiger, porque yo opinaba que su toma de posición [de Heidegger] a favor del nacionalsocialismo yacía en la esencia de su filosofía. Heidegger me dio la razón sin reservas; y me explicó que su concepto de 'historicidad' era la base de su 'compromiso' político. Tampoco dejó duda alguna sobre su fe en Hitler; sólo dos cosas habría subestimado éste: la fuerza vital de las iglesias cristianas y los obstáculos para la anexión de Austria. Tanto antes como ahora estaba convencido de que el nacionalsocialismo era el camino prefijado para Alemania; pero que solamente había que "aguantar" lo suficiente. Sólo le parecía delicada la desmedida organización por su costo en fuerzas vitales. El radicalismo destructivo de todo el movimiento y el carácter burgués de todas esas instituciones al estilo de *Kraft-durch-Freude* (fuerza mediante la alegría) no le llamaban la atención, porque él mismo era un pequeño burgués de ideas radicales. Cuando hice la observación de que comprendía muchas cosas de su actitud, salvo una, a saber, que él se pudiera sentar a la misma mesa (de la "Academia para el Derecho Alemán") con un individuo como J. Streicher, primero guardó silencio. Finalmente tuvo lugar, a regañadientes, aquella conocida justificación (que K. Barth resumió de un modo excelente en su *Theologische Existenz heute*) que apunta a la afirmación de que si alguno de los que sabían (*Wissende*) no se hubiera jugado en esta cuestión, todo "hubiera sido todavía peor". Y con amargo resentimiento contra la gente culta (*Gebildete*) concluyó su aclaración: "Si esos señores no se hubieran comportado como si fueran demasiado finos para comprometerse, entonces todo habría sucedido de otra manera; pero yo estaba completamente solo". A mi respuesta acerca de que no había por qué ser necesariamente "fino" para rechazar colaborar con Streicher, respondió que no había que gastar saliva en hablar sobre Streicher, que el *Stürmer* [diario sensacionalista y fanático del partido, M.A.P.] no era para él más que pornografía. El mismo no comprendía por qué Hitler no se sacaba de encima a ese tipo al que él en realidad temía. Esta respuesta era típica, pues nada es más fácil para los alemanes que ser radicales en las ideas e indiferentes en todo lo fáctico. Son capaces de ignorar *todos los hechos particulares* con tal de poder aferrarse tanto más decididamente a su *concepto de totalidad*, y de separar el "asunto" de la "persona". Pero en realidad el programa de aquella "pornografía" se cumplió por entero en noviembre de 1938 y

llegó a ser una realidad alemana; y nadie puede negar que Streicher y Hitler justamente son uno en lo que respecta a este punto".²⁴

En Alemania, entretanto, Jaspers es "licenciado" de la Universidad — lo que *de facto* implicaba una prohibición de publicar— por estar casado con una mujer judía y por sus tempranas simpatías con su reconocido maestro Max Weber y el grupo democrático liberal que se agrupaba en torno a esta prestigiosa figura en Heidelberg. El estado de ánimo que dejan traslucir los escritos autobiográficos y teóricos de Jaspers en esos difíciles años, va desde la serena ironía hasta la consideración del suicidio como única salida de esa situación límite. Así, por una parte encontramos que "agradece" a Hitler los años de "vacaciones" en que realmente pudo ponerse a estudiar filosofía; y, por otra, anota que "las fuerzas que obligan a morir a mi mujer también me matan a mí. *Esta solidaridad es absoluta*". Más adelante: "El fundamento de nuestra acción debe seguir siendo el hecho de que no nos separemos el uno del otro. Que el mundo, que nos quiere separar en virtud de clasificaciones raciales, no penetre en nosotros; que permanezcamos *absolutamente solidarios*, y no solidarios bajo determinadas circunstancias".²⁵ Heidegger no le hizo llegar ni una línea de apoyo o de solidaridad. Pero ello no es extraño, ya que tampoco asistiría, el año siguiente, junto al lecho de enfermo y luego al entierro de su "querido y paternal amigo", el profesor judío Edmund Husserl. "Desde los tiempos de Hitler —comenta Löwith— este *heroísmo* había llegado a ser la conducta habitual de aquellos que debían su posición a un judío alemán".²⁶

²⁴ Karl Löwith, *op. cit.*, pp. 56ss. La discusión entre Hans Barth y Emil Staiger fue motivada por la conferencia de Heidegger en Zürich "Vom Ursprung des Kunstwerkes"; cfr. Ott, *op. cit.*, pp. 250ss. En Roma, además de la conferencia sobre Holderlin, Heidegger pronunció otra sobre "Europa y la filosofía alemana", en el Kaiser-Wilhelm-Institut... pero en este lugar no tuvo entrada Löwith, pues estaba prohibida la entrada a judíos; cfr. Ott, *op. cit.*, p. 132.

²⁵ Karl Jaspers, *Schicksal und Wille*. Autobiographische Schriften. Hrsg. v. H. Saner. München; Piper, 1967, pp. 155 y 158.

²⁶ Karl Löwith, *op. cit.*, p. 59. En la entrevista publicada por *Der Spiegel* después de su muerte, Heidegger decía: "El hecho de que yo no haya expresado ni tan siquiera mi agradecimiento y mi veneración junto al lecho de enfermo y luego con motivo de la muerte [de Husserl] es una debilidad [una falla, *Versagen*] humana por la que pedí disculpas en una carta a Frau Husserl", *Der Spiegel*, 31 de mayo de 1976, p. 201. Cfr. Ott, *op. cit.*, p. 168.

En parte reaccionando a esas actitudes mezquinas y cobardes de la época nazi, Jaspers, luego de la caída de Alemania, contesta con cierta acritud a un artículo periodístico que lo ensalzaba como un héroe; escribe precisamente una respuesta titulada: "Gegen falsche Heroisierung". Más aún: sostiene —en su conocido ensayo *Über die Schuldfrage*— que, aun cuando cada uno individualmente puede considerarse inocente, como pueblo, los alemanes en su conjunto deben asumir "la cuestión de la culpa": hay algo así como una culpabilidad colectiva respecto del Estado criminal nazi; y "debemos soportar las consecuencias. Esto quiere decir tener responsabilidad política". Sus discrepancias con el modo en que se llevaba adelante la política en la Alemania liberada, lo movió a aceptar una oferta de la Universidad de Basilea, para reemplazar a Häberlin. Quien soportó vivir peligrosamente en la Alemania nazi, prefirió exiliarse antes que compartir una política que estimaba errada. Jaspers envió a Heidegger su ensayo *Sobre la cuestión de la culpa* —y más tarde vuelve a mencionárselo cuando éste dio señales de arrepentimiento (muy privadas; jamás públicas)—. Pero todo fue en vano: Heidegger no respondió a esa tácita invocación a asumir su responsabilidad y a declararla tan públicamente como públicas habían sido sus proclamas, sus palabras y sus actos justo en el momento en que más importaban para consolidar el prestigio del régimen recién llegado al poder, tanto en Alemania como en el extranjero.

La Universidad de Friburgo fue una de las primeras que recuperó *motu proprio* cierta autonomía de gobierno. Sin esperar órdenes del gobierno de ocupación francés —en cuya jurisdicción se encontraba— convocó una suerte de consejo académico, y luego el gobierno solicitó y reconoció una comisión de profesores que estudiaran caso por caso para lograr la buscada *épuration*, la purificación o desnazificación del cuerpo docente. Bien pronto esta comisión tuvo que avocarse al caso más problemático, el del "ex-rector Heidegger". Las deliberaciones fueron muy complicadas; hubo un fallo que no satisfizo a todos por su "blandura", de modo que en determinado momento el mismo Heidegger sugiere al profesor Oehlkers, miembro de la comisión y amigo de Jaspers, que se le solicite a éste su opinión. Oehlkers trasmite este pedido a Jaspers el 22 de diciembre de 1945, y emplea algunos términos que encontraremos en el propio informe del filósofo, como ser, su convencimiento de que Heidegger no había sido un "nazi corriente", sino que más bien "se imaginó" o "se compuso" un nacionalsocialismo a la medida de sus idea-

les y obró dentro de esa representación abstracta y vacía, “despertando”, de pronto, en medio de las ruinas, sin saber qué pasó.

Jaspers retoma varias figuras de esa carta para escribir su informe y para escribir también a Heidegger —como aún veremos—; por el momento produce un informe muy duro —del que pide se le den a conocer a Heidegger algunos puntos—, pues si hasta ahora guardó silencio, ya no puede hacerlo en virtud del carácter oficial del pedido. Confiesa que la reticencia no fue difícil, ya que el propio Heidegger dejó de responder a sus preguntas o contestó con evasivas —recordemos el último encuentro—, y también dejó de visitarlo en Heidelberg desde 1933. Entre otros puntos, el informe expresa: “Además de los hechos públicamente conocidos, llegaron a mi conocimiento otros, de los cuales al menos dos juzgo que son lo suficientemente importantes como para comunicarlos. Transcribo algunos pasajes de una copia del informe que Heidegger produjo sobre Baumgarten para los colegas nacionalsocialistas de Gotinga. “Baumgarten era aquí [en Gotinga] todo lo contrario de un nacionalsocialista. Por parentesco y por actitud mental procede del círculo intelectual liberal-demócrata de Heidelberg, agrupado en torno a Max Weber. Luego de haber fracasado conmigo, estableció animadas relaciones con el judío Fraenkel, que había estudiado en Gotinga hasta que fue expulsado [...]. Naturalmente aún no puede promulgarse un juicio definitivo sobre él, pues todavía puede evolucionar. Pero habría que esperar un plazo prudencial antes de admitirlo como miembro del partido nacionalsocialista”. Jaspers apunta que, en otra ocasión, Heidegger actuó muy bien frente al caso de su ayudante judío Brock, a quien ayudó para que, al tener que emigrar, pudiera seguir su actividad en Inglaterra. “En los años veinte —continúa— Heidegger no era antisemita; pero esa palabra del todo innecesaria acerca del ‘judío’ Fraenkel, prueba que, en 1933, al menos dentro de ciertas relaciones, se hizo antisemita”. Destaca luego la gran importancia de la filosofía de Heidegger, pero también su extraña carencia de sentido crítico y de cientificidad. En resumen: dada la importancia de su obra, solicita que le sea concedida una emeritación o algo semejante que le permita seguir recibiendo ayuda económica para trabajar sin sobresaltos; pero, dada la índole irracional y autoritaria de su estilo de pensar, solicita que se lo excluya expresamente de la enseñanza. “Hoy en día, al tratar los casos individuales, inevitablemente hay que tener a la vista también nuestra situación en todo su conjunto. Por ello es indispensable que se le pida cuentas a quienes han colaborado para que el nacionalsocialismo se

asentara firmemente en los estribos del poder. Heidegger forma parte del grupo de los pocos profesores que han hecho esto [...]. El modo de pensar de Heidegger, que me parece esencialmente no-libre, dictatorial, falto de comunicación, sería hoy funesto en sus consecuencias pedagógicas. A mí me parece que el modo de pensar es más importante que el contenido de juicios políticos cuya agresividad puede fácilmente cambiar de dirección. Por eso, hasta tanto no se dé en él un auténtico renacimiento que sea visible en su obra, tal maestro, en mi opinión, no debe ser puesto al frente de una juventud que hoy está sin resistencias interiores". Más adelante hace suyo el dictamen de Oehlkers en el sentido de que Heidegger, por naturaleza esencialmente apolítico, ignorante respecto de las cuestiones prácticas de la política concreta, *se imaginó* un "movimiento" que nada tenía que ver con la cruel realidad; pero —recuerda con frase de Max Weber— a los niños que se meten a jugar con las ruedas de la política, los destrozan esos mismos engranajes. "Ciertamente —admite— Heidegger no caló en las ocultas intenciones, en las fuerzas efectivas y en las metas de los *Führer* del nacionalsocialismo. Lo prueba ya el hecho de que creyó que se le permitiría tener una voluntad propia. Pero su manera de expresarse y sus acciones tienen cierto parentesco con fenómenos nacionalsocialistas que hacen comprensible su error. Tanto Heidegger, como Baeumler y Carl Schmitt, son los profesores, muy distintos entre sí, que intentaron ponerse intelectualmente a la cabeza del movimiento nacionalsocialista. ¡En vano! Pusieron en juego una auténtica capacidad espiritual para desgracia de la fama de la filosofía alemana".²⁷

Luego de interminables idas y venidas, el "caso Heidegger" seguía sin una solución adecuada, sobre todo en lo que respecta a que obtuviera la categoría de emérito. Jaspers resuelve entonces insistir ante el Rector de la Universidad de Friburgo, en junio de 1949, desde Basilea, pues estima que ya ha pasado el tiempo prudencial de espera que él había propuesto en 1945. Estas nuevas gestiones y una carta de Jaspers a Heidegger del 25 de junio de 1949, logran reavivar una comunicación, aunque ahora ya una comunicación herida por las sospechas y las cosas no aclaradas. De este nuevo período del epistolario rescatamos una sorprendente carta de

²⁷ Cfr. Heidegger/Jaspers, *Briefwechsel*, ed. cit., nota a carta 125, pp. 270ss. Vossler coincide con este juicio en su carta —muy anterior— a Croce, del 25.8.1933: "...Heidegger, y con él *Karl Schmitt*, autor de libros de derecho público y político, y discípulo, hasta cierto punto, de George Sorel, se van revelando como *los dos desastres intelectuales de la nueva Alemania*", ed. cit. p. 272.

Heidegger, del 7 de marzo de 1950, escrita bajo la avalancha de una serie de circunstancias felices: la vuelta del segundo hijo del cautiverio en Rusia —el menor había sido liberado un tiempo antes por razones de salud—, la visita de su vieja discípula (también de Jaspers) Hannah Arendt de su exilio, aunque sólo de paso; la promesa de que se le otorgará el título de emérito y podrá volver a dictar clases, etc. (Hannah Arendt quizá le hizo saber de ciertos rumores que corrían sobre los motivos de su alejamiento de la familia Jaspers). Todo ello se refleja en las siguientes líneas: “¡Querido Jaspers! Hoy quisiera explicarle a usted con *una sola frase* que aniquile toda otra sospecha y habladuría *aquello* que en mi primera carta [de esta nueva etapa, la del 22.6.1949] traté de expresar con la palabra “perplejo”. ¡Querido Jaspers! Si desde 1933 no volví a ir a su casa, ello *no* fue porque allí viviera una mujer judía, *sino porque yo sencillamente me avergonzaba*. Desde entonces no pisé más su casa, pero tampoco la ciudad de Heidelberg, que para mí es lo que es únicamente en virtud de su amistad. Cuando, al final de los años treinta, con las salvajes persecuciones, se instaló el mal en su grado extremo, enseguida pensé en su mujer. En ese entonces recibí del profesor Wilser [...] que tenía buenas relaciones con las autoridades de esa circunscripción [Heidelberg] la absoluta seguridad de que nada se haría en contra de su mujer. Pero siguieron en pie la angustia, la impotencia y el fracaso”.

Jaspers se sintió conmovido por esta única confesión de remordimiento que él hubiera deseado —insiste en sus anotaciones— que fuera tan pública como sus actuaciones oficiales, y le responde, el 19 de marzo de 1950: “¡Querido Heidegger! Le agradezco de corazón su explicación sin reservas. También mi mujer le envía su agradecimiento. El hecho de que usted exprese que se ha “avergonzado” es para mí muy importante. Con ello ingresa usted en la comunidad de todos nosotros, los que hemos vivido y seguimos viviendo en un estado de ánimo para el cual también es “vergüenza” una palabra adecuada”. Más adelante vuelve a usar los giros del informe y dice: “Me perdonará si le digo que a veces he pensado que se comportaba usted, frente a algunos fenómenos del nacionalsocialismo, como un muchachito que sueña, que no sabe lo que hace, que, ciego y descuidado, se compromete en una empresa que se le figura distinta a lo que en realidad es; y que de pronto está en medio de las ruinas, perplejo, y se deja arrastrar por la corriente”.

En su respuesta, Heidegger se aferra con complacencia a esa salvadora retórica y reanuda una confesión a medias. “Con la imagen del

muchacho soñador —dice— ha acertado usted plenamente. En el invierno de 1932/33 [...] cuando regresé de la *Hütte*, fui formalmente *empujado de todos lados* al rectorado. Todavía el mismo día de las elecciones, por la mañana, fui a la Universidad y le expliqué al saliente Rector von Möllendorf, que me conocía bien como vecino y se complacía en que yo fuera su sucesor, lo mismo que al Pro-Rector, el Prelado Sauer, que yo no podía ni quería asumir ese cargo. Ambos respondieron que ya no era posible volverse atrás pues todo estaba allí preparado para una votación que, en lo posible, fuera por unanimidad; y que, por otra parte, en caso contrario estaba la amenaza de nombrar un mediocre “viejo combatiente”. Pero tampoco una vez que hube dicho “sí” vi más allá de la universidad. No me dí cuenta de lo que en realidad pasaba [...]. Yo soñaba y pensaba en el fondo tan sólo en “la” universidad que tenía en mi mente. Pero al mismo tiempo fui presa de la maquinaria del cargo, de las influencias y las luchas por el poder y las parcialidades; me vi perdido y caí, si bien por pocos meses solamente, como dice mi mujer, en una “embriaguez de poder”. Recién en las navidades de 1933 empecé a ver con más claridad, de suerte que en febrero [de 1934] renuncié bajo protesta al cargo y me negué a participar en los solemnes actos del traspaso del rectorado a mi sucesor, el cual desde 1946 nuevamente está en su cargo. *Este paso*, por cierto, en contraposición a la difusión dada a mi aceptación del rectorado, fue totalmente silenciado por la prensa, dentro y fuera de Alemania. No es que yo me imagine demasiado, pero, en aquel entonces, cuando los rectores permanecían en sus cargos de tres a cinco años, [mi renuncia] fue de todos modos un paso. Pero la organización total de la opinión pública ya estaba asegurada para estas cosas. El individuo ya no podía nada. Lo que aquí le informo, nada puede disculpar; solamente puede explicar en qué medida, de año en año, cuanto más afloraba la malignidad, tanto más crecía la vergüenza de haber colaborado alguna vez, directa e indirectamente, en eso”. Más adelante, admite que no logró obtener una penetración intelectual del acontecer histórico: “En los años 1937 y 1938 llegué al punto más bajo. Veíamos venir la guerra, amenazando en lo más próximo a nuestros dos hijos que iban creciendo [tenían entonces unos diez y siete y diez y ocho años, respectivamente], ninguno de ellos estaba afiliado a la H.J. [*Hitler-Jugend*, juventudes nazis], ni a ninguna organización estudiantil partidaria. Tales amenazas hacen más clarividente al hombre; luego llegaron las persecuciones a los judíos y todo se encaminó hacia el abismo” (8.4.1950).

Por qué Heidegger no declaró públicamente su abominación con respecto a estas atrocidades, seguirá siendo un misterio. Todo lo demás —sobre las relaciones entre Heidegger y Jaspers— pertenece ya a una historia más conocida. Tan sólo nos interesa destacar aún del *Epistolario* una sorprendente noticia que nos toca muy de cerca, y que también quedará como incógnita, pues no sabremos exactamente a quién alude Jaspers. Se trata de lo siguiente: el 6 de agosto de 1949, Jaspers felicita a Heidegger, pues había leído en *The New York Times* que, al menos en el exterior, contaba con un prestigio que aún le era negado en Alemania, ya que el diario informaba que la Universidad de Buenos Aires le había ofrecido una cátedra a Heidegger y que éste había aceptado. Heidegger responde que todo eso es absolutamente falso. Y he aquí la extraña respuesta de Jaspers: “Es lamentable que la noticia de su llamada a la Argentina sea un producto de la prensa sensacionalista [...]. Pero, por lo demás, me alegro que no vaya usted allá [...], pues yo no lo hubiera visto a usted con gusto en la gran sociedad nazi (*in der grossen Nazi-Gesellschaft*)” (17.8.1949). En la Argentina aún se estaría celebrando —en algunos círculos— el gran éxito del Congreso Nacional de Filosofía que el gobierno peronista había organizado fastuosamente, al que concurren filósofos de muchos países, entre ellos, de Alemania...

La última carta de Heidegger, escrita con ocasión del cumpleaños de Jaspers, el 23 de febrero de 1963, concluye con la firma: “Desde el recuerdo de los años veinte de este vertiginoso siglo, al amigo que cumple ochenta años, Martin Heidegger”.

Jaspers falleció el 26 de febrero de 1969; Heidegger el 26 de mayo de 1976.

Universidad Nacional de la Plata
Universidad de Buenos Aires
CONICET, Argentina